

AC 23 35

Hola, buenas noches, bienvenidos al tiempo educativo y cultural del curso de acceso directo a la universidad para mayores de 25 años, el CAD. Hoy en el curso de acceso tendremos una hora de misión y dos asignaturas ocuparán nuestro tiempo. Primero, Literatura Española, hablaremos de la novela en el siglo XX, Camilo Josecel y su obra La Colmena, también orientaremos ante las pruebas presenciales.

En la segunda parte del programa Historia del Arte con la profesora María Teresa Jiménez orientaremos para el examen final. Y os dejamos ya en compañía de la profesora Lucía Montejo y la profesora Isabel de Castro y la asignatura Literatura Española. Buenas noches, cuando hablamos de la novela contemporánea, aquí nos referimos a aquella que se publica desde 1939, después de la ruptura que significó en nuestra literatura la guerra civil.

Como consecuencia de la contienda, la narrativa y también los demás géneros se escindieron en dos grandes sectores, narrativa del exilio y narrativa del interior, naturalmente según se publicara fuera de nuestro país por aquellos escritores que se vieron obligados a abandonarlo o según se publicara en España. La novela del exilio, y en cuanto a los temas preferidos, muestra una trayectoria relacionada con los hechos históricos que vivieron sus autores. En un primer momento, los temas llevan una gran carga personal y memorial.

Se reviven, pues, la infancia y la adolescencia en la tierra natal. Es evidente, por supuesto, que el escritor acuda a aquellos recuerdos entrañables y más queridos del pasado como afirmación ante una nueva realidad extraña e insegura que se abre ante él. Paradigma de esta clase de relatos es La Forja, primera novela de la trilogía La Forja de un rebelde de Arturo Barea, en la que el protagonista nos describe su infancia y juventud en el Madrid humilde de principios de siglo.

Pero enseguida la guerra pasará a convertirse en el referente obligado de la novela del exilio. Como ejemplo, la serie Campos de Max Aub, Campo Cerrado, Campo Abierto, Campo de Sangre, Campo Francés... De esta clase son, asimismo, relatos como La Cabeza del Cordero de Francisco Ayala o la conocida novela Corta de Sender, Requiem por un campesino español, o también La Venda de Serrano Poncela o La Ruta, segunda novela de la trilogía de Barea que antes he mencionado. Otro tema arraigado fuertemente en los escritores emigrados es El Regreso.

Entre estas cabe recordar la novela del mismo título, El Regreso, de Ayala, o La Raíz Rota de Barea, de título bien significativo, o El Retorno, de Serrano Poncela. Cuando se establece una distancia temporal que les separa de los acontecimientos de la guerra civil, los escritores del exilio van inclinándose hacia una novela intelectual y simbólica cargada de reflexión y, en cierto sentido, especulativa y abstracta. El ejemplo más característico es el de la narrativa de Rosa Chacel, que ha permanecido fiel a este carácter en su larga trayectoria novelística, tanto desde Memorias de Leticia Valle o Barrio de Maravillas hasta Ciencias Naturales, novela de relativa

reciente publicación.

Manuel Andújar, Sender y Max Au también muestran esta inclinación a la abstracción en sus novelas de este segundo momento. En cuanto a la narrativa del interior, hay que poner de relieve, en primer lugar, su vinculación con los sucesos extraliterarios generados por la situación política y social del país tras la guerra civil, tales como la censura, el aislamiento político internacional, el subjetivismo de la crítica tanto literaria como periodística, factores que repercuten sobre la novela en el sentido de desvincularla, de aislarla de las corrientes renovadoras que entonces sacudían la novela europea y americana. Así se realiza en nuestro país una novela, por decirlo de algún modo, ensimismada en nuestra peculiar realidad y formalmente descuidada.

¿Por qué? Pues porque los escritores ponen el acento en el testimonio, ponen el acento en la denuncia, es decir, en los contenidos más que en la realización técnica o en los aspectos formales de la novela. La crítica ha señalado tres promociones de escritores, clasificación esta sujeta a matizaciones en cada caso, pero que puede sernos útil para la simplificación, para ayudarnos, digo, a clarificar y ordenar el panorama narrativo. La primera generación de narradores del interior está formada por nombres como Juan Antonio Zunzunegui, Ignacio Agustí, José María Gironella y Carmen Laforet, entre otros nombres.

En la década de los cuarenta se dan a conocer como escritores también Camilo José Cela, Miguel de Libes y Gonzalo Torrente Ballester, cada uno de ellos con un estilo distinto y personalísimo y que inician una trayectoria independiente, en cierto modo, no adquirida a tendencias o modas. Hay dos novelas que constituyen hitos importantes en este cuarto decenio, como son *La familia de Pascual Duarte*, de Cela, publicada en 1942, que inaugura lo que se ha llamado tremendismo rural y la novela *Nada*, de Carmen Laforet, está muy interesante porque ofrece un valor testimonial reflejando el profundo desencanto de la protagonista al advertir una realidad degradada en la gran ciudad cuando ella vive un clima de mezquindad material y moral. Después de las anteriores, muchas novelas reflejarán este amargo panorama y lo harán acudiendo a los temas existenciales como la soledad, la inadaptación, la falta de comunicación, la atonía espiritual, la frustración personal, el egoísmo social.

Los personajes serán de baja o pequeña catadura moral y física y asumirán la función de mostrar al lector ese malestar personal, esa desazón social que perciben los escritores y que refleja el entorno. Otro grupo de novelistas a los que la crítica suele referirse como triunfalistas realizan una narrativa apologética, exaltando las circunstancias de la guerra, concebida esta como una victoria salvadora de los valores espirituales, de los valores religiosos, morales y patrióticos. Representativa es, entre las de esta clase, *La fiel infantería* de Rafael García Serrano.

La segunda promoción de narradores aglutina a los autores del llamado realismo social. Nómina está muy amplia, cuyos nombres más destacados son Ignacio Aldecoa, Carmen Martín Gaité, Jesús Fernández Santos y luego Juan Benet, Juan y Luis Goytisolo, Juan Marcé, etcétera.

Son autores que conviven, junto a los de la primera promoción, estos ya veteranos que como Cela del Ives y Torrente publicarán en este periodo excelentes novelas.

La catira Cela, el camino del Ives y la trilogía Los gozos y las sombras de Torrente, esta última muy conocida a través de su éxito en la pequeña pantalla. Cela publicará La colmena ya en 1951. El propósito de los novelistas del realismo social es ofrecer al lector un testimonio de la realidad social del momento desde una perspectiva objetivista.

Así pues, la denuncia social y este testimonio será el denominador común que rige esta narrativa realizada sobre una especie de tácito compromiso moral y social de los escritores con los oprimidos o con los humildes y a la vez los autores se puede decir que compartían un compromiso político de oposición al régimen de la dictadura. Otra característica de la novela social realista es mostrar vidas o trayectorias colectivas, es decir, interesa más que lo personal lo humano representativo. Los personajes, obreros, mineros, guardiaciviles, campesinos darán testimonio de la dureza de la vida cotidiana en el campo o en los suburbios de la gran ciudad.

Otros personajes mostrarán la insensibilidad y apatía de la burguesía ante la problemática social. Títulos que merecen destacarse son El fulgor y la sangre de Aldecoa, donde, por ejemplo, se narra la angustiosa espera de unas mujeres esposas de guardiaciviles en un pueblo castellano que conocen que ha muerto uno de ellos en acto de servicio, pero ignoran quién es y en esa espera interminable rememoran el pasado, los recuerdos cercanos de la guerra, las privaciones de la vida diaria, las humillaciones de que son objeto los temores. También representativa de las de esta clase es La piqueta de Antonio Férrer, que es de ambiente minero, o La resaca de Juan Goytisolo.

La denuncia de la insensibilidad social y de la frivolidad de la burguesía tiene un buen exponente en juegos de manos del mismo Goytisolo o en Nuevas amistades de Juan García Hortelano, autor recientemente fallecido. A la novela social se le ha atribuido y también reprochado el descuido formal, la escasa preocupación de los autores por realizar una obra artística de lenguaje. Como defensa podría argumentarse que la novela social realista surgió con una bien distinta finalidad, intentaba transmitir con eficacia un mensaje, dar un testimonio y por tanto eran prioritarios los contenidos y a ellos se supeditaban los procedimientos.

La estructura narrativa de esta novela es sencilla y con tendencia a la linealidad. El protagonista individual aparece desplazado en favor del personaje colectivo o múltiple. Se emplea un lenguaje sencillo, directo, abundante en coloquialismos y popularismos, con inserción intencionada incluso de vulgarismos.

Todo ello derivará a la postre en un empobrecimiento lingüístico. En la década de los sesenta se percibe un agotamiento del realismo social y como hito renovador surge una magnífica novela Tiempo de silencio de Luis Martín Santos que se publicó en 1962. Martín Santos realiza un planteamiento subjetivista frente al objetivismo imperante.

Crea unos personajes extraordinariamente caracterizados en sus peculiaridades humanas, no

como arquetipos, no como representantes de grupo. Además del cuidado argumento y de la cuidada estructura narrativa, incorpora una serie de recursos y procedimientos, tales como el monólogo interior o el uso de la segunda persona narrativa, la inserción de cultismos y términos científicos alternando con el lenguaje coloquial y popular, elevando así el tono lingüístico. El tema es asimismo muy atractivo y también testimonial.

Se trata de la frustración o de la impotencia de un joven médico ante el entorno de incultura y miseria material que le rodea. La línea renovadora del realismo quedaba con esta obra abierta y en ese camino escribe, acentuando los tonos, Juan Marsé, *Últimas tardes con Teresa*, muy conocida, como sabemos, a través de su versión cinematográfica del Ives. Escribe *Cinco horas con Mario*, que es el monólogo, como todos conocéis, de una mujer ante el féretro de su esposo, novela adaptada luego al teatro que ha recorrido los escenarios españoles.

Y en un intento ya de abierta renovación formal, escribe Goytisolo, *Señas de identidad* en 1966 y Benet, *Volverás a región* en 1968. Junto a estos escritores aparece una generación de jóvenes, creadores de una novela minoritaria y culturalista, experimental y al mismo tiempo hermética, o por estas razones hermética, cuya única preocupación consiste en crear ya un texto autónomo, llevando esto a sus últimas consecuencias. Desdeñan pues la historia, el relato y por consiguiente la novela con argumento.

Así pues, estos relatos se convierten en una serie de secuencias que son referentes del autor y que carecen de sentido o significado para los lectores, que no tienen los datos precisos para penetrar en su cerrado mundo de referentes personales y culturalistas. La entidad de los personajes desaparece y el lenguaje se transforma a menudo en parlamentos semicoherentes o diálogos desordenados del personaje consigo mismo. A veces incluso se utilizan recursos llamativos en los títulos, en las páginas en blanco o se reclama el efecto expresivo de la tipografía como hicieran las vanguardias europeas de principios de siglo.

Escritores como José María Gelbenzu, Ramón Hernández, Germán Sánchez Espeso, Raúl Guerra Garrido, José Leiva y otros, rindieron tributo a este empeño experimentalista con títulos como *El mercurio* de Gelbenzu, *Hay* de Guerra Garrido, *La primavera de los murciélagos* de José Leiva... Bien, después de ver las características y etapas más sobresalientes de la narrativa española de de nuestro siglo XX, a partir sobre todo de 1939, yo voy a pasar a analizar la colmena de Camilo José Cela, es decir, la última de las obras que tienen ustedes como lectura obligatoria del curso. El propio Cela dice de esta novela, este libro lo empecé en Madrid en el año 1945 y lo medio remate en cebreros en el verano del 48, sin embargo el autor presentó a la censura en 1946 una primera versión que fue rechazada y negada por tanto su publicación con estas palabras, la obra es francamente inmoral, a veces resulta pornográfica y en ocasiones irreverente, pero Cela siguió trabajando y retocando la obra que al fin fue publicada en Buenos Aires en 1951. Tardaría algunos años en publicarse en España pero circuló pronto entre los intelectuales españoles.

Vamos a empezar viendo la estructura. La estructura de la novela es difícil, está compuesta

como ya habrán visto de seis capítulos y un final a modo de epílogo, cada capítulo está dividido en una serie de secuencias o de escenas que por lo general se centran en un personaje y que en ocasiones transcurren en el mismo momento, es decir, muchas veces se trata de una composición simultánea. De esta manera los personajes van y vienen por las distintas secuencias, sus vidas corren paralelas unas veces, se entrecruzan otras veces y el resultado es un vivir colectivo que retrata la vida de Madrid en 1942, el ambiente social y moral en un espacio determinado y en muy poco tiempo como vamos a ver a continuación.

Vamos a ver ese tiempo narrativo. El tiempo narrativo se reduce a tres días del invierno de 1942. Si se fijan bien verán que los capítulos 1 y 2 tienen lugar en el primer día, para ser más exactos en la tarde y en la noche de ese primer día.

Los capítulos 3 y 4 se ciñen al atardecer y a la noche del segundo día. En el capítulo quinto no se avanza en el tiempo sino que se retrocede al día anterior y las secuencias no mantienen un orden cronológico, lo que añade mayor complejidad. El capítulo 6 ocurre en el amanecer del tercer día y el final tiene lugar una mañana tres o cuatro días después.

La Colmena ya han visto que no es una novela cerrada, es decir, no es una novela con desenlace explícito. Todo queda inconcluso. Por eso Cela ha dicho que su arquitectura es compleja.

A mí me costó mucho trabajo hacerla. La Crítica ha dicho que esta es una novela de personaje colectivo. El propio autor ha dicho que por sus páginas bullen 160 personajes.